

Valencia (en Francia) y de allí al campamento fortificado de Chalons del Saona para atacar desde este punto en su propio país á los reyes alamanos Gundomado y Vadomaro que eran los que mas habian asolado en sus diversas invasiones distritos fronterizos romanos.

A duras penas pudo llegar el ejército por caminos montuosos cubiertos de nieve hasta el Rhin, donde junto á Angst (Augusta Rauricorum) cerca de Basilea, quiso Constancio hacer construir por la tropa en medio de una lluvia de proyectiles que la enviaban los alamanos allí reunidos un puente de barcas. Siendo esto imposible, sacó un habitante de la comarca al emperador del compromiso á cambio de una crecida recompensa indicándole un vado. Allí debía atravesar el ejército el rio de noche, sorprender al enemigo y devastar su país; pero el enemigo fué avisado del peligro y segun Maskou tambien de los propósitos del emperador favorables á la paz por tres alamanos distinguidos al servicio de Roma, á saber; Agilo tribuno caballerizo, Escudillo jefe de los porta-escudos, y Latino jefe de la servidumbre de palacio. Amiano, del cual sacamos estos datos, se queja con razon de que se prodigaban entonces tantas distinciones á los bárbaros «como si en sus hombros llevasen todo el peso del imperio.»

Al saber los alamanos lo que les amenazaba, formáronse en asamblea, y como los augurios y otros signos sagrados aconsejaban no empeñarse en hacer resistencia, enviaron los dos reyes una embajada de varones nobles al campamento romano para solicitar la paz que les concedió gustoso el emperador con el beneplácito del ejército, «porque uno y otro sabian por experiencia que aquel solo tenia suerte en el gobierno interior del imperio y no en empresas belicosas exteriores.» Otra razon mas poderosa tenia el emperador para obrar así, y era la sublevacion que se decia inminente de su sobrino Galo en el Oriente y que exigia su presencia en aquella lejana parte del imperio. Así, pues, se convino por ambas partes en hacer la paz con las condiciones y en la forma acostumbradas. Galo era inocente del propósito que se le atribuía; no obstante esto y á pesar de ser doblemente cuñado de Constancio, le sacó este con astucia y perversas intenciones de su posicion, y poniéndole luego preso le mandó ejecutar en Pola á fines del año 354.

Al año siguiente hubo necesidad de enviar otra vez tropas contra los alamanos del país de Lintz en la orilla oriental del lago de Costanza, por haber penetrado muy adentro en el territorio romano, probablemente en el canton hoy suizo de Argovia, amenazando seriamente á Winterthur (Vitoduro), Windisch (Vindonisa) cerca de Baden y la vía militar que facilitaba la comunicacion entre la Retia y la Galia, pasando al Sur del citado lago de Costanza. La situacion era tan grave, que el emperador en persona acudió á la Retia, llegando hasta á los campos caninos, cuya situacion es imposible fijar hoy. Desde este punto mandó al general de caballería Arbicio con la mayor parte del ejército á seguir por la orilla del lago hasta encontrar al enemigo. Poco circunspecta, cayó la vanguardia en una emboscada, de la cual se escapó solo á favor de la noche con grandísimas pérdidas, entre otras la de diez tribunos, reuniéndose otra vez con el grueso de las fuerzas acampadas al estilo romano detrás de fortificaciones de campaña. A la madrugada los germanos, como siempre animados con el éxito y sin cálculo rodearon gritando y blandiendo sus armas el campamento, rechazaron con su numerosa caballería una salida de un cuerpo de infantería romana armada de escudos á la cual cercaron por completo, y habria estado perdida sin el oportuno auxilio de otros cuerpos al mando de los tres tribunos Ariteo, Seniauco y Bapo, nombres no romanos. Estas fuerzas se ar-

rojaron con tal denuedo sobre los germanos medio desnudos, que les obligaron á huir con tan mala suerte, á causa de las dificultades del terreno, que las espadas y picas de los romanos hicieron entre ellos una horrorosa carnicería. Hombres y caballos cayeron atravesados por las armas mortíferas de los romanos formando montones de cadáveres y empapando la tierra de sangre. Al ver esto salieron tambien las tropas de reserva que habian quedado en el campamento y continuaron la persecucion y la matanza.

El emperador no persiguió al enemigo; contento con haberle escarmentado eficazmente, volvióse con sus tropas á Milan, donde tomó cuarteles de invierno y no trató de sacar ventajas políticas de la expedicion, que debía desprestigiar por lo ilusorias.

Poco tiempo despues del valiente general de infantería (*rector pedestris militum*), el franco Silvano, fué víctima de las intrigas de sus enemigos ocultos y envidiosos de su elevada posicion que por medio de cartas falsas le acusaron de alta traicion. Varios compatriotas suyos de los muchos que ocupaban altos puestos en palacio, entre otros Malarico, comandante de tropas extranjeras, y Malobado, director de arsenales, se indignaron contra la infamia de los que trataban de perder con viles intrigas á hombres inocentes y fieles al imperio, y se apresuraron á responder de la inocencia de Silvano con sus personas y familias, pero habiéndose entre tanto convencido Silvano de que á pesar de esto el pérfido emperador no renunciando á sus sospechas habia decretado de todos modos su ruina, vió solo un medio de salvarse, el de la sedicion, cosa que hasta entonces jamás habia pasado por su mente, como que cinco dias antes habia pagado el sueldo á las tropas con los fondos destinados al efecto, y las habia hecho renovar en esta ocasion el juramento de fidelidad al emperador. Pensó un momento huir del imperio y del servicio refugiándose al otro lado del Rhin entre los de su raza, pero Laniogaiso, su tribuno, probablemente tambien compatriota, le disuadió haciéndole ver que de este modo corría el peligro de que sus hermanos de raza, para vengarse del mal que les habia hecho en el servicio del imperio, le mataran ó le entregaran al emperador para cobrar el precio que este pondría á su cabeza. Esto le determinó á hacerse proclamar emperador por sus tropas en Colonia, donde á falta de otra púrpura tomó la de los estandartes y otras enseñas guerreras. No tardó sin embargo en caer víctima de las arterias del emperador, que fingiendo ignorancia de lo sucedido empleó un medio análogo al que habia usado para apoderarse de su pariente Galo. Le envió el romano Ursicino con varios encargos muy honoríficos, y este logró con indescriptible falsedad hacer creer á su víctima que se pasaba á su partido, tanto mas cuanto que tambien le sobraban motivos de sentirse ofendido del emperador. Entre tanto Ursicino habia ya corrompido á algunos soldados que por la madrugada penetraron en el palacio matando á los guardias y luego á Silvano en el momento en que saliendo de un escondrijos iba á refugiarse, haciendo un último esfuerzo, en una capilla cristiana. El autor de esta relacion y testigo ocular de los hechos, Amiano Marcelino, uno de los mejores y mas nobles varones romanos de aquel tiempo, que figuraba en el acompañamiento de Ursicino, se lamenta amargamente del triste fin de un hombre tan inocente y valeroso, víctima de intrigas infames; sentimiento que no le impidió sin embargo servir al emperador y á su instrumento Ursicino, al cual no extiende tampoco su indignacion, ¡y pobre de él si hubiese obrado de otra manera!

No se tardó en echar de menos al defensor del Rhin, pues que luego lograron los francos apoderarse de Colonia, la plaza mas principal del sistema defensivo del rio. Contentáron-

se los bárbaros con incendiar la ciudad á medias, pues no les ocurrió de ningun modo sostenerse en ella; bastóles el saqueo y haber ganado un paso libre á la otra orilla. La invasion parece haber sido considerable á contar desde el año 350. En tiempo del emperador Constante no se atrevieron á intentarla, pero muerto éste, le habia sucedido Constancio abriendo las puertas del país á los alamanos, y no pudiendo impedir que tambien penetrasen los francos por su lado en la Galia. Silvano habia logrado arrojarlos temporalmente, pero muerto este valiente caudillo, hubo de pensar seriamente el emperador acallando sus recelos en darle un sucesor capaz. Su eleccion recayó en Juliano, hermano del difunto Galo. Gracias á la intervencion de Eusebia, esposa del emperador y mujer de excelentes cualidades que supo conocer lo que valia Juliano, se habia escapado este de sufrir la misma suerte que su hermano como co-acusado suyo; y debió al mismo influjo el haber recibido por mujer á Elena, hermana de la emperatriz, y el ser nombrado, en 6 de noviembre de 355, César, título que habia venido á ser en el trascurso del tiempo análogo al de príncipe imperial de hoy.

Este Juliano fué despues el emperador llamado «el apóstata;» era un gran genio que todavia aguarda su autor psicólogo que sepa explicar y presentarnos cual otro Shakspeare la singular mezcolanza de sus cualidades intelectuales y rasgos característicos. General eminentísimo sin haber sido jamás soldado, ni haber visto ningun campamento, valiente como ninguno, patriota entusiasta, erudito, doctrinario caviloso, alma fantástica é inclinada al misticismo, venia á formar una naturaleza tan extraña como potente. Es indudable que este genio queriendo renovar el tiempo de Adriano alcanzó sobre los germanos resultados mas grandes y mas duraderos que la mayor parte de sus predecesores y que ninguno de sus sucesores. Fué el último emperador que volvió á practicar con mano vigorosa la gran idea cesárea de defender la Galia por el sistema ofensivo.

Amiano Marcelino, su contemporáneo y en parte testigo ocular de sus hechos y su historiador, dice: «Presentóse en el campo de batalla no sabiendo nada de tiendas de campaña, sino arrancado súbitamente de los pacíficos y umbrosos pórticos de la academia, y con todo sometió la Germania, sujetó el Rhin, y mató ó encadenó á los reyes mas feroces y mas sedientos de sangre.»

Al momento de recibir la orden, en 1.º de diciembre de 355, partió para su destino, la Galia. Al dia siguiente supo pasando por Turin que el baluarte principal de Roma en el Rhin, la ciudad de Colonia, estaba en manos de los francos, cosa que el emperador pérfidamente le habia ocultado, y á cuya noticia, pareciéndole con razon que ya no podia escapar de la misma suerte que su hermano Galo, exclamó: «¡Ay de mí, que con mi promocion veo que á mi inevitable ruina se agregan trabajos pesadísimos y problemas insolubles!»

Desde la Galia escribió á sus amigos de Atenas: «La zona que los germanos ocupaban á orillas del Rhin cuando llegué, se extendia desde el origen de este rio hasta su desembocadura. Las tribus mas apartadas de nuestras fronteras estaban á 300 estadios en direccion Nordeste (65 kilómetros), pero el territorio que habian devastado en sus incursiones y donde los habitantes de la Galia ni siquiera se atreven á apacentar sus ganados, tiene una extension triple. Hasta he encontrado algunas poblaciones y ciudades, adonde no han llegado

los bárbaros, abandonadas por sus habitantes tan solo por el temor de verse sorprendidos demasiado tarde para huir. En este estado me encargué del país abatido y arruinado.» Nada hay exagerado en esta relacion, porque en el mismo año 355 los bárbaros penetraron hasta al corazón de la Galia, llegando algunos delante de Autun, cuya guarnicion quedó como paralizada de terror, y solo por el valor de un número de veteranos, colonos militares á quienes la desesperacion dió fuerzas para rechazar al enemigo desde las ruinosas murallas, se salvó la ciudad.

Hallándose en Viena (Francia) inauguró el César su consulado del año 356. El pueblo le victoreó como un semidios salvador que tanta falta hacia. Una anciana ciega, al saber que la causa y objeto de tanta fiesta y alegría era Juliano el César, exclamó en tono profético: «¡Este restablecerá los altares de los dioses!»

Pasó luego una gran parte del año en hacer sus preparativos de campaña «y en reorganizar el país de entre sus ruinas», dice Amiano. En el mes de junio «estando ya adelantada la cosecha» púsose en movimiento y llegó el 23 delante de Autun despues de haberse abierto camino á viva fuerza por entre los innumerables bárbaros que inundaban todo el país como en tiempo de Silvano.

En Autun reunió su consejo de guerra para consultar el mejor camino que convenia seguir. Algunos propusieron que el ejército pasara por Arbor, pero como el texto en este punto está interrumpido, no sabemos á cuál pueblo de este nombre se alude, pues habia muchos; otros juzgaron preferible el camino por Sedelaucio y Cora; pero habiendo sabido Juliano que poco antes habia pasado Silvano con ocho cohortes por un camino mucho mas corto bien que peligrosísimo y pensoso al través de bosques, decidióse por imitar al valiente Silvano, y se puso en marcha para Auxerre con una reducida escolta de jinetes acorazados (hombres y caballos) y honderos. Despues de dar en la citada ciudad un corto descanso á su gente, siguió su camino á Troyes; todo lo cual hace suponer que los bárbaros dominaban la gran carretera militar. En el camino tuvo Juliano que rechazar á menudo partidas sueltas de bárbaros que se precipitaban sobre los romanos. Cuando el número de enemigos era considerable, contentábase Juliano con pasar haciendo formar filas compactas á sus tropas con la vista fija en los enemigos; pero cuando el número de estos era poco imponente y el terreno favorable, los atacaba y perseguía, sorprendiendo á los que encontraba descuidados, y haciendo prisioneros á los que podia mientras los demás espantados huían. Para formarse una idea del estado de la Galia en aquel tiempo, basta citar el hecho de que cuando el César llamó inopinadamente á las puertas de Troyes no se atrevieron los habitantes aterrizados á abrir temiendo que los bárbaros despararrados por toda la comarca se metiesen tambien dentro.

Al llegar finalmente á Reims incorporó á las suyas las tropas de Ursicino y Marcelo. Supo allí que toda la provincia romana llamada Germania Alta estaba en poder de los alamanos que habian tomado é incendiado las plazas fuertes de aquel territorio como Maguncia, Boretomago, Wormacia (Worms), Espira, entonces Noviomago y en aleman Speier; Argentoratum (Estrasburgo), Breucomago (Brumet); ambas Taberna, hoy Elsass-Zabern y Rhein-Zabern, Salecio, hoy Selz, y por supuesto todos los castillos menores y atalayas. «Tienen aversion á las poblaciones amuralladas como si fuesen tumbas cercadas de redes», dice Amiano al hablar de las plazas devastadas y abandonadas; pero en las aldeas, quintas y caserías aisladas y diseminadas (*per diversa palantes*) celebraban no interrumpidos banquetes sin pensar en mañana ni en la venganza de Roma. Contra ellos iba acercándose



Moneda de cobre de Juliano cuando emperador. Legenda: Dominus Noster FLAVIUS CLAUDIUS IVLIANVS Pius Felix AVGustus.

Juliano, pasando por Dieuze á orillas del Seille cerca de Marsal con su ejército en disposicion excelente y casi descuidado. Los alamanos, p.ácticos ya en el terreno, se reunieron á toda prisa y cayeron una mañana nebulosa sobre las dos legiones de la retaguardia tan de improviso que habrían quedado destrozadas si no hubiesen acudido á toda prisa las tropas auxiliares. Este descalabro enseñó al general á ser mas previsior, tratándose de un enemigo que tan fácilmente le podía molestar y atacar en todas partes y en toda clase de movimientos.

No tardó Juliano en conocer al enemigo y pudo, despues de ocupar á Brumat, rechazar un ataque por dos costados y dejar por el momento el teatro de la guerra en el Alto Rhin para acudir al otro extremo donde entonces el peligro causado por los francos era mayor. La Germania Baja romana estaba tan devastada como la Alta, de suerte que Juliano pudo escribir sin ninguna exageracion á los atenienses, que todas las ciudades y castillos habian desaparecido excepto Coblenza, Remagen y una atalaya de Colonia: 45 ciudades y todos los castillos y fuertes habian caido en poder de los germanos, que se habian contentado con saquearlos é incendiarlos, por cuya razon fué fácil volver á ocupar por ejemplo á Colonia despues de haber estado abandonada y á la merced del enemigo durante diez meses. Juliano restauró esta fortaleza haciendo de ella otra vez el principal baluarte del poder romano, tanto que los caudillos de los francos cobraron temor y cesaron en sus ataques furiosos á esta plaza.

Desde Colonia volvió Juliano á la Galia por Tréveris para pasar el invierno en Sens y dedicarse á innumerables trabajos de reorganizacion y á los preparativos indispensables para la campaña próxima. Siguiendo la antigua política romana, fomentó las disensiones interiores entre los bárbaros; luego hizo incorporar á sus respectivas guarniciones los soldados dispersados por el enemigo ó dispersos por su voluntad, á fin de asegurar la defensa ordenada de todas aquellas plazas. Era tambien indispensable abastecerlas convenientemente, lo mismo que á todos aquellos puntos por donde el ejército tendría que pasar probablemente en la próxima campaña en sus varias marchas y contramarchas. Durante todas estas múltiples ocupaciones, como para darle una muestra de la poca seguridad que habia en el país, vino á sorprenderle en la misma ciudad de Sens donde residia, una numerosa hueste de bárbaros. Eran sin duda francos, como los mas próximos, bien que hubieron de pasar para llegar allí los tres rios Rhin, Mosela y Marne, que atravesaron probablemente á favor del hielo que los cubria. Habian sabido por los desertores que el general habia repartido las tropas armadas de escudos y los auxiliares en diferentes poblaciones para subvenir así con mas desahogo á su manutencion y animados con estas noticias se lisonjearon de poder apoderarse fácilmente de la ciudad y del general. Sorprendido Juliano de esta manera, rugia de ira al ver que el reducido número de la guarnicion hacia completamente ineficaces las varias salidas que dispuso interin se trabajaba noche y dia en la recomposicion de las desmoronadas fortificaciones, trabajos que el César dirigia en persona sin darse punto de descanso. Marcelo, el general de caballería, acantonado con sus tropas en las poblaciones mas próximas, no se movió, dice Amiano que servia á las órdenes inmediatas de Juliano, á pesar de que podia y debia haber socorrido la plaza, aunque no hubiese estado en ella el general en jefe; pero así y todo resistió este, y á los sesenta dias de sitio inútil se retiraron los bárbaros mohinos y despechados de no haber logrado su intento.

Al abrir Juliano la campaña empezó por los alamanos,

operando en vasta escala, digna de un César, y con la idea de asegurar sólidamente y para largo tiempo la tranquilidad de la Galia. Quería hacerles perder hasta la esperanza mas remota de volver á pisar la orilla izquierda del Rhin; deseaba acostumbrarlos, como lo hizo, á ver en la otra las águilas romanas como en los buenos tiempos antiguos; y además pretendia hacerles sentir en su propio territorio las desgracias que habian causado en sus expediciones á la Galia.

Al propio tiempo vióse el emperador precisado á salir de Roma, en 29 de mayo de 357, para acudir á la defensa del Danubio, donde las tribus suevas habian invadido la Retia, otras cuadas la Valeria, y otras de yazigios y sármatas, los mas astutos é incorregibles de todos los bárbaros, habian entrado en la Mesia Alta y la Panonia Segunda. De los resultados de esta campaña nada se sabe.

Entre tanto rechazó Juliano á los alamanos casi tan lejos como Julio César habia rechazado cuatro siglos antes á las huestes de Ariovisto. Así como este último pretendió ser dueño legítimo de la parte de la Galia donde dominaba, del mismo modo y casi con las mismas palabras querian sostener los caudillos alamanos su derecho de conquista sobre la Alsacia; pero Juliano contestó como su gran predecesor con una gran victoria y repetidas excursiones en su territorio al otro lado del Rhin, sosteniendo incólumes los derechos de Roma durante su gobierno. Sin embargo, cuando hubo abandonado la Galia, volvió á ser el país presa de los germanos y no pasó mucho tiempo sin que la ocuparan para siempre.

El plan de Juliano era atacar á los alamanos simultáneamente por dos lados distintos; él con su ejército de frente, y por el flanco Barbacio, general de la infantería nombrado por el emperador sucesor de Silvano, el cual con venticinco mil hombres habia ya avanzado hasta el país de los raucos en las inmediaciones de Basilea. El atrevimiento de los bárbaros llegó hasta el punto de que en lugar de darse por escarmentados con las pérdidas del año precedente, continuaron sus devastaciones y saqueos en las provincias donde sus innumerables masas inspiraban el «terror germánico.» Burlábanse de las amenazas y de las tropas del imperio hasta tal extremo, que una banda de letos, compuesta de colonos bárbaros de varias procedencias, ávidos de botin y dispuestos á aprovechar toda ocasion favorable, pasó por entre los dos ejércitos romanos y se presentó súbitamente delante de Lyon. Los defensores de la ciudad apenas tuvieron tiempo, tan imprevisto era el ataque, de cerrar las puertas; y los invasores devastaron la comarca y emprendieron su regreso cargados de botin. Juliano, indignado, tomó las disposiciones mas eficaces para ocupar tres caminos con otros tantos destacamentos de caballería de su confianza, los cuales en efecto dieron con tres partidas de los invasores matando á todos y recuperando así el botin que llevaban, pero un cuarto grupo que habia tomado otro camino que pasaba por el territorio ocupado por Barbacio escapó impunemente por orden de este jefe envidioso y traidor.

A la aproximacion de Juliano, que queria atacar á los alamanos en las islas del Rhin donde solian ocultarse, habian tratado estos de dificultarle la marcha en la orilla izquierda cerrando con troncos de árboles los caminos, ya de suyo escarpados y difíciles, que atravesaban los bosques tanto en los Vosges como en las mismas islas, segun tenian costumbre de hacer en su país selvático. Los romanos oian sus lúgubres aullidos y denuestos contra ellos, y Juliano con el fin de apoderarse de algunos de estos bárbaros para saber de ellos noticias, solicitó de Barbacio siete barcas de las que tenia preparadas para el paso del rio, porque ya no se hablaba de escuadras imperiales en el Rhin; pero este

miserable prefirió quemar sus embarcaciones, en vez de facilitar al César los medios de llevar adelante sus empresas. No obstante supo Juliano por otros prisioneros dónde habia un punto del rio que era vadeable en los grandes calores, y por allí envió una columna de tropas ligeras, bátavas ó francas, á las órdenes de Bainobado, el tribuno de los cornutos, germano y hombre de confianza, para sorprender á los enemigos en sus madrigueras. Vadeando y nadando sobre sus escudos llegó la columna á la primera isla, donde mató á todos cuantos encontró sin distincion de edad ni de sexo, «como quien mata animales», dice Amiano con la misma satisfaccion que refiere Tácito casos análogos; y con las canoas que allí encontraron fueron visitando sucesivamente las demás islas, donde hicieron otro tanto, hasta que cansados de matar y cargados de botin volvieron al campamento. Cuando los demás germanos supieron lo ocurrido, evacuaron sus retiros junto al Rhin y pasaron con sus provisiones, frutos y sus «bárbaros tesoros» á la otra orilla y á puntos donde se consideraron seguros, mientras Juliano se dirigió á Elsass-Zabern (*Tres Tabernae*), á restaurar las murallas y baluartes desmoronados de esta plaza, que por defender el camino mas cómodo para los bárbaros cuando querian hacer incursiones en la Galia, habia sufrido innumerables ataques y sido finalmente destruida. En menos tiempo de lo que habia calculado quedó la ciudad en excelente estado de defensa y aprovisionada con el trigo que sus tropas habian recogido no sin grandes peligros de los campos sembrados por los alamanos.

Estos datos enseñan cuánto habia adelantado el elemento germánico desde el primer siglo de nuestra era hacia el Occidente. Entonces tenia Roma guarniciones perennes en castillos y campamentos atrincherados en el interior de la Germania brava, á orillas del Ems y del Lippe, y á la sazón un hombre como Juliano tenia que aprovisionar para todo un año un castillo en los Vosges, en la orilla romana ó izquierda del Rhin, como límite extremo y expuesto á las sorpresas del enemigo, como territorio disputado y sujeto á verse aislado del imperio, y además habitado ya por los germanos alamanos como su propiedad, pues que lo cultivaban.

Juliano dejó una buena guarnicion en la ciudad y mandó partidas de tropa á forrajear y tomar provisiones para veinte dias, porque su colega Barbacio para crearle dificultades se habia quedado con los viveres que habia podido retener de los destinados al ejército de Juliano y quemado el resto. Mientras Juliano adelantaba las fortificaciones y aumentaba sus provisiones empleando, á fin de evitar sorpresas, todas las precauciones que le aconsejaba su pericia, una numerosa hueste de bárbaros echóse sobre el envidioso Barbacio que á la sazón se hallaba detrás del cordón fronterizo fortificado. El ataque fué tan repentino, que aquel pérfido huyó espantado con sus tropas hasta el país de los raucos, adonde le persiguieron los vencedores quitándole la mayor parte de su bagaje, animales de carga, hombres del tren y otros muchos prisioneros, con todo lo cual se volvieron á su país.

Barbacio, el general de infantería, despidió tranquilamente sus tropas para sus cuarteles de invierno, como si hubiese concluido su campaña y no estuviere en lo mejor de un verano caluroso, y se marchó á Roma al lado del emperador para continuar allí segun su costumbre sus intrigas contra Juliano.

Cuando los bárbaros tuvieron noticia de su vergonzosa huida y cobardía, creyeron que Juliano se veria obligado á huir tambien para evitar un peligro grandísimo y cierto, y en su consecuencia siete de sus caudillos reunieron sus mejores tropas en un solo ejército y tomaron posiciones cerca de Estrasburgo. Estos reyezuelos eran Cnodomero, Vestralpo, Ur, Ursicino, Serapio, Suomaro y Hortari.

Juliano, lejos de pensar en retirarse ni en disolver su ejército, se ocupaba con gran ahinco en la construccion de un campamento perfectamente fortificado, á pesar de no contar mas que con 13,000 combatientes, lo cual sabido por los bárbaros por un desertor escutelario que habia huido para escapar del castigo de un delito, les ensoberbeció hasta tal grado que los jefes citados intimaron al general casi en son de orden que evacuara el país que les pertenecia por derecho de conquista. Juliano, que conocia el miedo solo de nombre, sin afligirse ni enfadarse, aunque sintiendo mucho la cobardez de Barbacio que le obligaba cuando el peligro era mayor á pelear contra enemigos tan numerosos con sus contados aunque valientes batallones, no soñaba en abandonar el campo y solo se ocupaba con ánimo sereno é invariable en continuar las fortificaciones de su campamento. Pero á fin de que la embajada de los bárbaros no enterara á los suyos del estado de las obras, la retuvo, aunque faltando en esto al derecho establecido, hasta su completa conclusion, ganando así tiempo y eludiendo un ataque prematuro que podria haber tenido para él resultados fatales. Sabiendo que no tenia esperanza alguna de ser socorrido por su colega ni tampoco por el emperador, prefirió no aguardar hasta ser atacado en su campamento aun cuando estuviere concluido, salir con su reducido ejército contra las grandes huestes de los bárbaros, y trabar el combate á una distancia del campamento que le permitiese retirarse á él en caso de desgracia.

Ignoraban los bárbaros quién era Juliano, y que vivo jamás cederia un palmo del territorio que estaba encargado de defender.

El jefe principal de los bárbaros era Cnodomero que tenia mucha analogia con Ariovisto; «todo lo ponía en movimiento y confusion; el primero en los peligros, imponía á los que le miraban cuando alzaba sus pobladísimas cejas y se erguia orgulloso de sus muchas hazañas. Habia vencido á Decencio en batalla campal, tomado, saqueado y destruido muchísimas ciudades ricas, y atravesado como asolador huracan sin encontrar resistencia toda la Galia. Con este jefe y la huida de Barbacio y de sus excelentes y numerosas tropas, era grande la confianza de los bárbaros, aumentada todavía por la seguridad de que estas tropas que acababan de huir delante de un número limitado de bárbaros eran las mismas que poco antes habian peleado con ellos cuerpo á cuerpo y habian derrotado á los que á la sazón los habian hecho huir, segun conocieron por los escudos conquistados.»

Con el objeto de facilitar y asegurar la retirada en caso necesario, Juliano hizo retroceder el cuerpo de la vanguardia, ya á considerable distancia del principal. El campamento enemigo se hallaba á 30 kilómetros de sus tropas, y Juliano queria empeñar la accion no lejos de su campamento fortificado, y con un cuerpo de reserva que pudiera sostener su retirada. Tal fué el motivo de hacer retroceder su vanguardia.

Al ser dia claro hizo salir la infantería pausadamente del campamento y formar batallones; en los flancos colocó la caballería con una seccion de catafractarios ó acorazados, hombres y caballos, al estilo parto, como arqueros montados. Esta era una arma fatal para los desnudos germanos, que ninguna equivalente tenian para oponerse á las flechas de aquellos veloces jinetes, que tan pronto atacaban como se retiraban cuando convenia. Colocados así, mandó hacer alto el César para explicarles el hecho de la retirada de la vanguardia y el consiguiente cambio de plan. Habia de ocultar á las tropas el motivo principal que era el cuidado de tener la retirada libre en caso de que se perdiera la batalla, y les dió en cambio otras razones plausibles como lo avanzado del dia, aproximándose las horas mas calurosas, los caminos